

# FERNANDO DE HERRERA

## CANCIONES.

### POR LA VICTORIA DE LEPANTO

Cantemos al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon, feroz guerrero;  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo  
Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva  
Y las manos aviva

Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros más excelsos de la cima  
Y el árbol que más yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos

Del impio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movió el airado cuello aquel potente;  
Cercó su corazon de ardiente saña  
Contra las dos Hesperias, que el mar ba-  
Porque en tí confiadas le resisten, [ña,  
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdoso:  
«¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos,  
O valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?

¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus ma-  
[nos  
Pudo salvar los de Austria y los germa-  
[nos?

¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardallas de mi diestra vencedora?

»Su Roma, temerosa y humillada,  
Los cánticos en lágrimas convierte;  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
Cuando vencidos mueran;

Francia está con discordia quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte  
Quien honra de la luna las banderas;  
Y aquellas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa, [sa?

Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofen-  
»Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
Y me dan por salvarse ya la mano,  
Y su valor es vano;

Que sus luces cayendo se oscurecen.  
Sus fuertes á la muerte ya caminan,  
Sus vírgenes están en cautiverio, [rio.  
Su gloria ha vuelto al cetro de mi impe-  
Del Nilo á Eufrátes fértil y Istro frío,  
Cuanto el sol alto mira todo es mio.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
Usurpe quien su fuerza osado estima,  
Prevaleciendo en vanidad y en ira,  
Este soberbio mira,  
Que tus aras afea en la victoria.  
No dejes que los tuyos así oprima,  
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,  
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;  
Que hechos ya su oprobio, dice: «¿Dónde  
El Dios de estos está? ¿De quién se es-  
[conde?»

Por la debida gloria de tu nombre,  
Por la justa venganza de tu gente,  
Por aquel de los míseros gemido,  
Vuelve el brazo tendido  
Contra éste, que aborrece ya ser hombre;  
Y las honras que celas tú consiente,  
Y tres y cuatro veces el castigo  
Esfuerza con rigor á tu enemigo,  
Y la injuria á tu nombre cometida  
Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso [go  
Que tanto odio te tiene; en nuestro estra-  
Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se hallaron.  
«Venid, dijeron, y en el mar undoso  
Hagamos de su sangre un grande lago;  
Des hagamos á estos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente,

Y dividiendo de ellos los despojos,  
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentose Egitó  
Los árabes y leves africanos,  
Y los que Grecia junta mal con ellos  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder y número infinito,  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocuparon del piélago los senos,  
Puesta en silencio y en temor la tierra,  
Y cesaron los nuestros valerosos,  
Y callaron dudosos,  
Hasta que al fiero ardor de sarracenos  
El señor, eligiendo nueva guerra,  
Se opuso el jóven de Austria, generoso  
Con el claro español y belicoso;  
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,  
Sin recelo los ímpios esperaban  
A los que tú Señor, eras escudo;  
Que el corazon desnudo  
De pavor, y de fe y amor vestido,  
Con celestial aliento confiaban.  
Sus manos á la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindieronse temblando y desmayaron;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,

Como la arista queda  
Al impeta del viento, á estos injustos  
Que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad seguiste,  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortan-  
Las alas de su cuerpo temerosas [do  
Y sus brazos terribles no vencidos;  
Que con hondos gemidos  
Se retira á su cueva, do silbando  
Tiembla con sus culebras venenosas,  
Lleno de miedo torpe sus entrañas,  
De tu leon temiendo las hazañas;  
Que, saliendo de España, dió un rugido  
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
Del sublime varon y su grandeza;  
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,  
Que tu dia es llegado,  
Señor de los ejércitos armados,  
Sobre la alta cerviz y su dureza,  
Sobre derechos cedros y extendidos,  
Sobre empinados montes y crecidos,  
Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá á la luz del cielo,  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos llorarán su afrenta.  
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza  
Egiptoica y gloria de su confianza,

¡Triste! que á ellas pareces, no temiendo  
A Dios y á tu remedio no atendiendo.

¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste  
En adulterio infame á una impia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos,  
Y con ojos enjutos  
Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente?  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,  
Que en tus naves estabas gloriosa,  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si hacías guerra  
De temor la cubrias con suspiro,  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto  
Y derribar tus inclitos y fuertes,  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento.  
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna;  
Tú, que sigues la luna,  
Asia adúltera, en vicios sumergida?  
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
¿Quién rogará por tí? Que á Dios encien-  
Tu ira y la arrogancia que te ofende; [de  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebranta-  
Y de tus pinos ir el mar desnudo, [dos,  
Que sus ondas turbaron y llanura,

Viendo tu muerte oscura,  
Dirán, de tus estragos espantados;  
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
El Señor, que mostró su fuerte mano  
Por la fe de su príncipe cristiano:  
Y por el nombre santo de su gloria,  
A su España concede esta victoria.  
Bendita, señor, sea tu grandeza,  
Que despues de los daños padecidos,  
Despues de nuestras culpas y castigo,  
Rompiste al enemigo  
De la antigua soberbia la dureza.  
Adórente, Señor, tus escogidos,  
Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro con-  
Y la cerviz rebelde condenada, [suelo  
Perezca en bravas llamas abrasada.

A DON JUAN DE AUSTRIA,

*vencedor de los moriscos de las Alpujarras.*

Cuando con resonante  
Rayo y furor del brazo impetuoso  
A Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
Despeñó airado en Etna cavernoso;  
Y la vencida tierra,  
A su imperio rebelde quebrantada  
Desamparó la guerra  
Por la sangrienta espada

De Marte, aún con mil muertes no do-  
En el sereno polo [mada;  
Con la suave cítara presente,  
Cantó el crinado Apolo  
Entónces dulcemente,  
Y en oro y lauro coronó su frente.  
La canora armonía  
Suspendia de dioses el senado;  
Y el cielo, que movia  
Su curso arrebatado,  
El vuelo reprimia enajenado.  
Halagaba el sonido  
Al piélago sañudo, al raudó viento  
Su fragor encogido,  
Y con divino aliento  
Las musas consonaban á su intento.  
Cantaba la victoria  
Del ejército etéreo, y fortaleza  
Que engrandeció su gloria,  
El horror y aspereza  
De la titania estirpe, y su fiereza;  
De Pálas atenea  
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,  
Del rey de la onda ejea  
La indómита pujanza,  
Y del hercúleo brazo la venganza.  
Mas del bistonio Marte  
Hizo en grande alabanza luenga mues-  
Cantando fuerza y arte [tra,  
De aquella armada diestra  
Que á la flegrea hueste fué siniestra.  
«A tí, decía, escudo;  
A tí, del cielo esfuerzo generoso,  
Poner temor no pudo  
El escuadron sañoso,

Con sierpes enroscadas espantoso.

»Tú solo á Oromedonte  
Trajiste al hierro agudo de la muerte  
Junto al doblado monte  
Y abrió con diestra suerte  
El pecho de Peloro tu asta fuerte.

»¡Oh, hijo esclarecido  
De Juno, oh duro y no cansado pecho,  
Por quien cayó vencido,  
Y en peligroso estrecho  
Mimante pavoroso fué deshecho!

»Tú, cubierto de acero,  
Tú, estrago de los hombres indignado,  
Con sangre hórrido y fiero  
Rompes acelerado

Del ancho muro el torreón alzado.

»A tí, libre ya, debe,  
De recelo Saturnio, que el profano  
Linaje que se atreve  
Alzar la osada mano

Sienta su bravo orgullo salir vano.

»Mas aunque resplandezca  
Esta victoria tuya conocida,  
Con gloria que merezca  
Gozar eterna vida,

Sin que yaga en tinieblas ofendida;

»Vendrá tiempo en que tenga  
Tu memoria el olvido y la termine,  
Y la tierra sostenga

Un valor tan insine, [cline;  
Que ante él desmaye el tuyo y se le in-

»Y el fértil Occidente,  
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
Descubrirá presente,  
Con prez y honor de España,

La lumbre singular de esta hazaña;

»Que el cielo le concede  
Aquel ramo de César invencible,  
Que su valor herede,  
Para que al turco horrible  
Derribe el corazón y ardor terrible.

»Vese el pérfido bando  
En la fragosa, yerta, aerea cumbre,  
Que sube amenazando

La soberana lumbre,  
Fiado en su animosa muchedumbre;

»Y allí, de miedo ajeno,  
Corre cual suelta cabra y se abalanza

Con el fogoso trueno  
De su cubierta estancia,  
Y sigue de sus odios la venganza;

»Mas despues que aparece  
El jóven de Austria en la enriscada sie-

Frio miedo entorpece [rra,

Al rebelde, y lo atierra  
Con espanto y con muerte la ímpia gue-

»Cual tempestad ondosa [rra.  
Con horrisono estruendo se levanta,

Y la nave, medrosa  
De rabia y furia tanta,  
Entre peñascos ásperos quebranta;

»O cual del cerco estrecho  
El flamígero rayo se desata,

Con luengo sulco hecho,  
Y rompe y desbarata

Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá;

»La fama alzará luégo,  
Y con las alas de oro la victoria,

Sobre el giro del fuego  
Resonando su gloria

Con puro lampo de inmortal memoria;  
»Y estenderá su nombre  
Por do céfiro espira en blando vuelo  
Con inclito renombre,  
Al remoto indio suelo  
Y á do esparce el rigor helado el cielo.  
»Si Peloro tuviera  
Parte de su destreza y valentía,  
El solo te venciera,  
Gradivo, aunque á porfía  
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.  
»Si este al cielo amparára  
Contra las duras fuerzas de Mimante,  
Ni el trance recelára  
El vencedor tonante,  
Ni sacudiera el brazo fulminante.  
»Traed, cielos, huyendo  
Este cansando tiempo espacioso  
Que oprime deteniendo  
El curso glorioso;  
Haced que se adelante presuroso.»  
Así la lira suena,  
Y Jove el canto afirma, y se extremece  
El Olimpo y resuena  
En torno y resplandece,  
Y Mavorte dudoso se oscurece.

---

### POR LA PÉRDIDA

DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido  
Y espíritu de miedo envuelto en ira

Hagan principio acerbo á la memoria  
De aquel día fatal, aborrecido  
Que Lusitania misera suspira,  
Desnuda de valor, falta de gloria;  
Y la llorosa historia  
Asombre con horror funesto y triste  
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente  
Hasta do el mar de otro color se viste,  
Y do el límite rojo de oriente,  
Y todas sus vencidas gentes fieras  
Ven tremolar de Cristo las banderas.  
¡Ay de los que pasaron, confiados  
En sus caballos y en la muchedumbre  
De sus carros, en tí, Libia desierta,  
Y en su vigor y fuerzas engañados, [bre  
No alzaron su esperanza á aquella cum-  
De eterna luz, mas con soberbia cierta  
Se ofrecieron la incierta  
Victoria, y sin volver á Dios sus ojos,  
Con yerto cuello y corazon ufano  
Sólo atendieron siempre á los despojos!  
Y el Santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.  
Vino el día cruel, el día lleno  
De indignacion, de ira y furor, que puso  
En soledad y en un profundo llanto,  
De gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbrió, quedó confuso  
El nuevo sol, presago de mal tanto,  
Y con terrible espanto  
El Señor visitó sobre su males,  
Para humillar los fuertes arrogantes,  
Y levantó los bárbaros no iguales,  
Que con osados pechos y constantes

No busquen oro, mas con hierro airado  
La ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpios y robustos, indinados,  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor, y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo afearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura;  
Y con frente segura  
Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tornó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza:  
Cayó en unos vigor, cayó desnudo;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los beligeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto en cruda guerra  
Cuanto el mar indo encierra,  
Y soberbias ciudades destruyeron?  
¿Dó el corazon seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron y perdieron  
Tanto heroico valor en solo un dia;  
Y léjos de su patria derribados,  
No fueron justamente sepultados?

Tales fueron ya éstos, cual hermoso  
Cedro del alto Líbano, vestido  
De ramos, hojas, con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso,  
Sobre empinados árboles crecido,  
Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo su sombra, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo,  
Y en sus hojas las fieras engendraron,  
Y hizo á mucha gente umbroso velo:  
No igualó en celsitud y en hermosura,  
Jamás árbol ninguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presuncion su pecho,  
Desvanecido todo y confiado,  
Haciendo de su alteza solo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho  
A los ímpios y ajenos entregado,  
Por la raíz cortado;  
Opreso de los montes arrojados,  
Sin ramos y sin hojas y desnudo  
Huyeron dél los hombres, espantados,  
Que su sombra tuvieron por escudo;  
En su ruina y ramos cuantas fueron  
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
Murió el vencido reino lusitano,  
Y se acabó su generosa gloria,  
No estés alegre y de ufania llena,  
Porque tu temerosa y flaca mano  
Hubo sin esperanzas tal vitoria,  
Indina de memoria;  
Que si el justo dolor mueve á venganza  
Alguna vez el español coraje,  
Despedazada con aguda lanza,  
Compensarás muriendo el hecho ultraje;  
Y Luco amedrantado, al mar inmenso  
Pagará de africana sangre el censo.

ELEGÍA.

De aquel error en que vivi engañado  
Salgo á la pura luz, y me levanto  
Tal vez del peso que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
Que anduve de mí mesmo aborrecido,  
Sujeto siempre á la miseria y llanto.

Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán per-  
Rendí el lozano corazón sin miedo [dido  
A los dañados gustos del sentido. [puedo

Mas sé que aunque me esfuerzo apenas  
Abrazar la razón, porque el engaño  
No se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunque en mí bien me  
Pensar quién soy ni deducir del cielo  
La clara origen contra un dulce daño.

¡Cuán mal se limpian del corporeo velo  
Las manchas, y cuán tarde se desata  
De su pasión quien anda en este suelo!

Mil buenos pensamientos desbarata  
La ocasión, á deleites ofrecida,  
Cuando ménos el hombre se recata.

Mas éstos son peñascos de la vida,  
Do se rompe la nave en mar ondoso,  
Si no va con destreza bien regida.

¡Quién es tan temerario y desdenoso,  
Que se entregue á la muerte en esperan-  
Del caso siempre incierto y peligroso? [za

Quien quisiera hartarse en la venganza  
De mis males, hallára á su deseo  
Colmada la medida sin mudanza,

Si, conociendo yo mi devaneo,

No diera al vasto gusto de la mano  
Y alzára de la tierra al fiero Anteo.

Grande trabajo es, aunque no es vano,  
Querer mudar una costumbre larga;  
Grande es, pero es el premio soberano.

Traje en los hombros esta grave carga  
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
En quien de todo el cielo el peso carga.

No soy despues del daño tan constante,  
Que no tiemble en pensar lo que sufría,  
Y de mi ostinación, que no me espante.

Ahora voy por una llana vía  
A la seguridad del bien que sigo,  
Do será no acertar desdicha mía.

Considero, apartado yo conmigo,  
Del rojo sol la inmensa ligereza  
Y en cuanto infunde su calor amigo;

La tibia, inestable luna, la grandeza  
Del ancho mar, su vário movimiento,  
El sitio de la tierra y su firmeza.

Juzgo cuánto es el gusto y el contento  
De gozar la belleza diferente  
Que en sí contiene este terrestre asiento,

Y cuán dulce es vivir alegremente  
Espacios luengos de una edad dichosa,  
Y contemplar tan alto bien presente,

Dó en esta vista y luz maravillosa  
El ánimo encendido ensalce el vuelo  
A la profunda claridad hermosa;

Y allí se afine de aquel torpe velo  
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida  
La gruesa niebla ni el error del suelo.

¡Cuánta miseria no es perder la vida  
En la purpúrea flor de la edad pura,  
Sin gozar de la luz del sol crecida!



¡Cuán vana eres, humana hermosa!  
¡Cuán presto se consume y se deshace  
La gracia y el donaire y compostura!

La bella virgen, cuya vista aplace  
Y regala al sentido, en tiempo breve  
Al mismo que agradó no satisface.

No así tan presto aparta el viento leve  
Y disipa las nieblas, y el ardiente  
Sol desata el rigor de helada nieve,

Como á la tierna edad la flor luciente  
Huye, y los años vuelan, y perece  
El valor y belleza juntamente.

¡Cuán breve y cuán caduca resplandece  
Nuestra gloria! ¡Cuán súbito en el punto  
Que deleita á los ojos desaparece!

Mas ¡oh, si ser pudiese que este punto  
De breve vida alegres en sosiego  
Gozásemos, sin miedo y dolor junto!

Cuál, de ambicion y de avaricia ciego,  
Sulca el piélago inmenso, peregrino,  
Y ve del sol más tarde el claro fuego;

Cuál, ardiendo en furor de Marte indi-  
Arma el osado pecho en duro hierro [no,  
Contra el estrecho deudo y el vecino:

Cuál, de sí mismo puesto en un destie-  
Niega su voluntad por otra ajena [rro,  
Y sigue inferior el mayor yerro.

Lisonjeros halagos, dulce pena,  
Buscando mal del desvarío humano,  
Traen de gusto la esperanza llena.

Ningun monte ó desierto, ningun llano  
A do puedo llegar gente atrevida  
Nos librará del ciego error profano.

Ira, miedo, codicia aborrecida  
Nos cercan, y huir no es de provecho;

Que las llevamos siempre en la huida.  
Incierto y congojoso tiene el pecho  
Quien espera; no goza ni sosiega  
Si sus vanos contentos no ha deshecho.

Quien sabe que se goza, y nunca entrega  
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,  
De la virtud á la alta cumbre llega.

Estos deleites, que seguí sin freno,  
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron  
Siempre de confusion y temor lleno.

Ni fueron firmes ni fieles fueron;  
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,  
Que no, huyó con cuantos me huyeron.

Seguro gozo puede ser ninguno,  
Ninguno puede ser perpétuo en cuanto  
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.

Sola virtud tú sola puedes tanto,  
Que el gozo dar perpétuo y bien seguro  
Puedes si en amor tuyo me levanto.

Lugar puede hallarse tan oscuro  
Do se esconda algun tiempo el error cier-  
Massale á fuerza al cabo al aire puro. [to,

La vergüenza del propio desconcierto,  
El miedo, vengador de nuestras penas,  
Nos muestran nuestra falta en descubier-

El delito y las culpas son ajenas [to,  
De nuestra condicion; pero nacimos  
Con mil flaquezas de miseria llenas:

Y tan mal nuestros bienes conocimos,  
Y dimos tanta mano al torpe gusto,  
Que solos sus regalos admitimos.

¿Dó está el deseo ya del honor justo?  
¿Dó el amor verdadero de la gloria?  
¿Dó contra el vicio el corazon robusto?

Gran hazaña es gozar de la victoria

Del bravo contendor, y los despojos  
Guardar para blason de la memoria;  
Pero es mucho mayor ante los ojos  
Que miran bien, por la no usada senda  
Caminando entre peñas y entre abrojos,  
Sobrepujar en áspera contienda [bre  
Sus contrarios, y verse en la ardua cum-  
Do no alcance el nublado nile ofenda.  
Mas ¿quién podrá subir sin viva lum-  
[bre?

¿Quién sin favor que aliente su flaqueza,  
Y le alce de esta grave pesadumbre?  
Si yo pudiese bien en tu belleza  
Fijar mis ojos, musa soberana,  
Y contemplar cercano tu grandeza,  
Del ciego error y multitud profana,  
Que se entorpece en la tiniebla oscura,  
No seguiría la opinion liviana;  
Antes con voluntad libre y segura,  
Abrasado en tu amor ocuparía  
La vida en admirar tu hermosura.

Y aquí do el Bétis desigual varía  
El curso y vuelve y trueca la creciente,  
Un apartado puesto escogería,  
Do la ambicion de tanta errada gente,  
Los deseos injustos, la esperanza,  
Dulce engaño del ánimo doliente,  
En este estado, libre de mudanza,  
No podrian turbarme del sosiego  
Que en la discreta soledad se alcanza.

Otro rompa los senos del mar ciego  
Con prestas alas de su osada nave,  
Do no se aventuró romano ó griego;  
Llegue do el sacro Océano se trabe  
Con el piélago Austral, y no cansado

Cerque el golfo que el hielo torna grave;  
Que bien puede alabarse, confiado  
De haber visto, tratado y conocido,  
Y mil varios peligros allanado;  
Pero no habrá gozado ni entendido  
Los bienes que el silencio en el desierto  
Da á un corazon modesto y bien regido,  
Fuera de todo humano desconcierto.

---

## SONETOS

---

### AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Tú, que vengando con la armada mano  
El ya perdido honor del Occidente,  
Teñiste del mar Jonio la corriente  
Con la vertida sangre de otomano;  
Y volviendo, en el piélago africano  
Venciste el reino antiguo y tiria gente,  
Y del francés y escoto el pecho ardiente  
Rompiste, y la pujanza del germano;  
Y de rendir cansado el mar y tierra,  
Descansas ya en la paz del alto cielo,  
Que la tierra era poca á tanta gloria;  
Ahora que amenaza cruda guerra  
El impio scita, y tiembla todo el suelo,  
Vén, ó envía á los tuyos la victoria.

---

### AL INVIERNO

Hórrido invierno, que la luz serena  
Y agradable color del puro cielo  
Cubres de oscura sombra y turbio velo  
Con la mojada faz, de nieblas llena,  
Vuelve á la fria gruta y la cadena  
Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo  
Que oprime con rigor el duro suelo,  
Las furias de tu ímpetu refrena;  
Que entanto que en tu ira embravecido,  
Asaltas el divino hispalio rio,  
Que corre al sacro seno de occidente,  
Yo, triste, en nube eterna del olvido  
(Culpa tuya), apartado del sol mio,  
No me enciendo en los rayos de su frente.

### AL GOLFO DE LEPANTO

Hondo Ponto, que bramas atronado  
Con tumulto y terror, del turbio seno  
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,  
Mira tu campo arder ensangrentado;  
Y junto en este cerco y encontrado  
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,  
Y cubierto de humo y fuego y trueno,  
Huir temblando el ímpio quebrantado.  
Con profundo murmurio la victoria  
Mayor celebra que jamás vió el cielo,  
Y más dudosa y singular hazaña;  
Y dí que sólo mereció la gloria  
Que tanto nombre da á tu sacro suelo  
El jóven de Austria y el valor de España.

## DON JUAN DE ARGUIJO

### SONETOS

#### LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copa en que atesora  
Bienes la primavera, da colores  
Al campo y esperanza á los pastores  
Del premio de su fe la bella Flora;  
Pasa ligero el sol adonde mora  
El cancro abrasador, que en sus ardores  
Destruye campos y marchita flores,  
Y el orbe de su lustre descolora;  
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta  
Adornar Baco de sus dones quiere;  
Luégo el invierno en su rigor se extrema.  
¡Oh variedad comun, mudanza cierta!  
¿Quién habrá que en sus males no te es-  
[pere?  
¿Quién habrá que en sus bienes no te  
[tema?

#### LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena  
Turbarse, y que en un punto desaparece